



Los fantasmas saben volar

© Del texto, 2022: María Fernanda Heredia

© De las ilustraciones, 2022: Roger Ycaza

© De esta edición:

2023, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7520-78-3

Impreso en Colombia

Impreso por Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Primera edición: enero de 2023

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

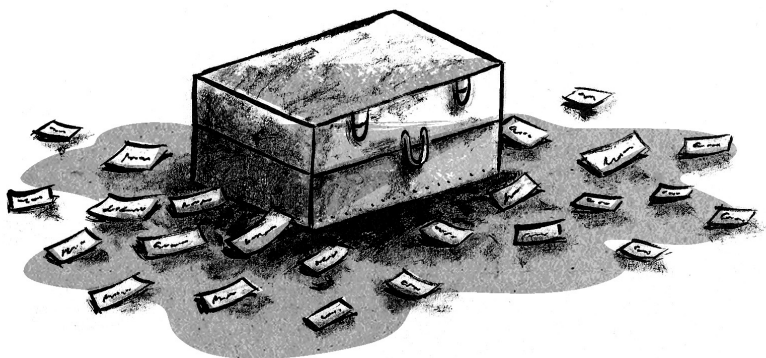
Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los fantasmas saben volar

María Fernanda Heredia



loqueleo

*A Manuela,
que vuela muy alto
y me lleva de la mano.*

Abre los ojos

Aquella mañana, un rayo de sol entró por la ventana, con tan buena puntería que se posó en mi cara. 9

Sin abrir los ojos me dije a mí misma en un diálogo silencioso:

—¡Manuela, te atrasas para la escuela!

—Tranquila, tranquila, Manuela —me contesté para serenarme—, estoy de vacaciones y, además, es sábado.

—¿Estás segura, Manuela?

—Claro que estoy segura, Manuela.

—Entonces, ¿sigo durmiendo un ratito más?

—¡Claro! ¡Hasta las diez, si tú quieres!

Después de ese trato conmigo misma, continué con mis ojos cerrados tratando de retomar el sueño donde lo había dejado. Para cubrir mi rostro de la luz fastidiosa que se metía por la ventana, extendí la mano para buscar el almohadón y tanteé. Tanteé sin suerte. No lo encontré.

Pero entonces algo inesperado sucedió: una mano helada y huesuda sujetó la mía y la posó encima del almohadón que había caído entre mi cama y la mesita de noche.

Casi muero del susto. Volví a dialogar conmigo, sin abrir los ojos, para intentar tranquilizarme:

—¿De quién es esa mano huesuda, Manuela?!

—No hay ninguna mano, Manuela, es tu imaginación. O, mejor dicho, ¡es una pesadilla! No abras los ojos y piensa en pajaritos o en maripositas.

Eso hice, me cubrí la cabeza con el almohadón que la mano helada y huesuda me había ayudado a encontrar e intenté que aquella pesadilla se transformara en un dulce sueño.

Entonces escuché cerca, muy cerca, como al pie de mi cama, un suspiro grave y fuerte: “Mmmhhhhhh...”.

11

Y no, ya no podía seguir engañándome, aunque mantenía mis ojos cerrados estaba despierta, ¡despiertísima!, y en mi habitación había alguien.

Yo ya sé que el miedo puede llevarme a imaginar cosas raras, por eso sigo el consejo que me dio mi papá hace tiempo: “Manuela, antes de salir corriendo, dando alaridos, busca una explicación lógica”. Eso fue lo que hice, traté de entender de quién era esa mano huesuda y ese suspiro largo y grave:

“Debe de ser mamá, ¡claro, es mamá! De seguro ha entrado para decirme que el

desayuno está listo y le ha dado pena despertarme. ¡Pero mamá tiene las manos tibias y gorditas! ¡Entonces debe de ser papá! ¡Claro! Papá es flacucho y tiene las manos y las rodillas huesudas, pero no... papá nunca jamás me despertaría, porque él siempre dice que entre los derechos humanos debería estar el derecho a que nadie nos despierte los sábados. Entonces debe de ser mi tía que ha venido de visita, pero mi tía Rita está de gira artística en Japón, con su novio mago. ¿Entonces? ¡Ah, ya sé! Debe de ser mi perro Trueno, ¡no seas boba, Manuela! ¡Los perros no tienen manos!”.

Las razones lógicas se agotaron y al pie de mi cama volvió a sonar ese suspiro atemorizante: “Mmmhhhhh...”.

Con el corazón como un bombo me senté en la cama. No abrí los ojos porque me parecía que mientras los tuviera cerrados existía



la posibilidad de que estuviera dormida y de que todo fuera una pesadilla. Entonces hablé:

—¿Quién anda ahí? Si es un ladrón, llévese lo que quiera y luego márchese.

14 Le traté de usted, porque incluso en situación de pánico yo soy muy respetuosa. Como nadie me contestó, continué:

—Lo digo en serio, llévese lo que quiera, eso sí, no le recomiendo que se lleve mi computador, porque está viejo y con un sistema operativo muy lento, tarda mucho en abrir los videos, y además es el único que tengo para las tareas de la escuela. Podría llevarse mi parlante, no es nuevo y hace unos días se me cayó, por eso ahora suena como si los cantantes estuvieran resfriados, pero funciona. En realidad, no tengo cosas de valor, bueno, tengo un chanchito con ahorros. ¡Ah, no! Me gasté los ahorros la semana

pasada porque era el cumpleaños del abuelo y le compré un...

En ese momento el suspiro se convirtió en una voz gruesa que me dijo:

—No soy un ladrón. Abre los ojos, Manuela, soy yo.

¡No lo podía creer! ¡Esa voz!

Úrsula, UPS

Abrí los ojos emocionada y quien estaba 17
delante de mí era mi viejo y querido amigo
Aldo Monteblanco, mi fantasma favorito (y
el único que conocía), a quien no veía desde
hacía mucho tiempo:

—¡¡¡Eres tú!!!

Aldo, enorme y vaporoso, se inclinó para
hacer una reverencia, se retiró el sombrero
dejando al aire su cabeza pelada, y con la
educación y cortesía que le caracterizan me
dijo:

—Buenos días, Manuela, me da mucho
gusto volver a verte. Lamento haberte asus-
tado, pero tú comprendes que es inevitable.

Un fantasma profesional como yo debe cumplir con ciertos protocolos de terror.

—¡No te preocupes, Aldo! ¡Dame un abrazo! ¡Qué alegría verte! Hace casi dos años que no venías por aquí. ¡Estás más grande!

18 —He subido algunos kilos por culpa del teletrabajo.

—¿Los fantasmas asustan por teletrabajo?

—¡Claro! ¿Te ha pasado que estás en tu computadora haciendo algo importante y, de pronto, la pantalla se pone en negro?

—¡Claro!

—Bueno, ese es un tipo de terror que provocamos por teletrabajo. La persona normalmente piensa: “¡Oh, no, se estropeó la computadora y no grabé el documento!”.

—¡Ufff! ¡Me ha pasado y es horrible!

—Muchas gracias, Manuela, es un halago para mí.

Aldo estaba pasado de kilos, gordo de verdad, le vi las manos y me di cuenta de que no eran ni flacas ni huesudas, ¿quién entonces había sujetado la mía?

Él pareció leer mis pensamientos, porque entonces me contó:

—No he venido solo, Manuela, en realidad hay alguien a quien quiero presentarte. 19

Por detrás de Aldo apareció una fantasma delgada, delgadísima, con los ojos asustados, un cabello rizado y enmarañado como si fuera un casco, y una boca pequeña como un botón.

—¡Aaaaaa! —grité—. ¿Quién es esa?

La fantasma nueva se hizo aún más vaporosa, era lo que ocurría cuando un fantasma se sonrojaba.

—Te presento a una amiga.

La fantasma desgarrada, con la cabeza sumergida entre los hombros, extendió su

mano huesuda y, tímidamente, me dijo:

—Úrsula Pacífica Solanas a tus órdenes, Manuela.

Cuando escuché su nombre no pude evitar la risa.

—¿Úrsula Pacífica Solanas?

20

—Sí, para servirte. Úrsula por mi madre y por mi abuela. Pacífica porque soy una fantasma activista por la paz, y Solanas... porque vengo de un pueblo que se llama así.



Pero si mi nombre te parece demasiado largo, puedes llamarme por mis iniciales: UPS.

—¿UPS?

—Sí, UPS. Te dejo mi tarjeta de presentación.

Me la entregó y ahí decía:

21

Farmacia El Soponcio.

Atiende a su distinguida clientela las 24 horas.

Consulte nuestras promociones en vitaminas.

—Pero esta es la tarjeta de una farmacia. Entonces UPS me contestó:

—¡Ups! Qué vergüenza, es que esta mañana pasé por una farmacia porque necesitaba algo para los nervios. Debo haber olvidado mis tarjetas en la oficina. Te pido disculpas.

Aldo meneó la cabeza y me explicó:

—Úrsula Pacífica es la nueva practicante, está próxima a graduarse de fantasma profesional y, naturalmente, aún no tiene experiencia. Discúlpale, por favor, ha comenzado esta semana y tú eres la misión que le permitirá obtener su título y licencia de la Academia Internacional de Fantasma y Aparecidos.

—¿Otra misión, Aldo? ¿Otra vez me va a tocar pasar cosas que me den miedo?

—Tranquila. Esta vez será distinto.

—¿Habrà arañas? Al menos dime eso.

—No. Tranquila. Esta vez he conseguido que la misión no contemple arañas ni otros bichos extraños.

—¡Qué alivio!

—Bueno, ya se han conocido, ahora puedes retirarte, Úrsula, mañana a primera hora les entregaré datos sobre la misión.

UPS asintió temblorosa, se despidió de Aldo, y después se dirigió a mí:

—Ha sido un gusto, Genoveva.

—¡Me llamo Manuela!

—¡Ups! Eso quise decir, Manuela. Hasta mañana.

Chasqueó los dedos como si con eso fuera a desaparecer, pero lo que consiguió fue que le creciera la nariz. Volvió a chasquear, la nariz regresó a su tamaño, pero le crecieron las orejas.

23

Aldo, preocupado, intervino:

—Úrsula, debes practicar un poco más el manual de procedimientos. Si aún no dominas el chasquido, atraviesa la pared y márchate discretamente.

UPS se disculpó de nuevo, se despidió, intentó atravesar la pared, pero se dio un golpe en la cabeza.

Avergonzada, le dijo a Aldo:

—Perdón, perdón. Mejor usaré las escaleras.

Aldo miró al cielo, meneó la cabeza, y solo pudo decir:

—Ay, UPS, nos vemos mañana...